

Prólogo

*Juzgados del condado de Peke, Kentucky
1 de enero de 1985*

Se había reunido una pequeña multitud, de unas cincuenta personas, para ver el entierro de la cápsula del tiempo al lado del mástil de la bandera que había frente a los juzgados del condado. El primer día del año se despertó frío y ventoso, y el plomizo cielo no dejaba de escupir copos de nieve encima de ellos. La mitad de las personas allí reunidas eran las que, por posición, ambición o conexiones, tenían que estar allí: el alcalde y los concejales, el juez titular de la sala, cuatro abogados, los comisionados del condado, unos cuantos empresarios locales, el sheriff, el jefe de policía, el director del instituto y el entrenador del equipo de fútbol americano.

También había algunas mujeres: la señora Edie Proctor, la conserje del instituto, y las esposas de los políticos y los abogados. También había un reportero del periódico local, que tomaba notas y hacía fotografías porque el periódico era tan pequeño que no podía tener en plantilla a un fotógrafo profesional.

Kelvin Davis, el propietario de la ferretería, presenció el acto con su hijo de quince años. Básicamente habían venido porque el juzgado estaba justo enfrente de donde él y su hijo vivían, encima de la ferretería; porque el partido de fútbol americano de Año Nue-

vo todavía no había empezado y porque no tenían nada mejor que hacer. El chico, Knox, alto y esbelto, encorvó los hombros contra el viento y estudió las caras de todos los presentes. Era terriblemente observador y, a veces, incomodaba un poco a los adultos que lo rodeaban, pero no se metía en líos, ayudaba a Kelvin en la tienda cuando salía de clase, sacaba buenas notas y, por lo general, sus compañeros lo apreciaban. En resumen, Kelvin creía que había tenido mucha suerte con su hijo.

Se habían trasladado a Pekesville desde Lexington hacía nueve años. Kelvin era viudo y pretendía seguir siéndolo. Había querido a su mujer, sí, pero el matrimonio era difícil y no creía que quisiera pasar por eso otra vez. Salía con distintas mujeres de vez en cuando, aunque no con la suficiente regularidad para que alguna de ellas se hiciera ilusiones. Tenía pensado que Knox acabara el instituto y fuera a la universidad, y puede que entonces reconsiderara su postura respecto al matrimonio, pero, por ahora, estaba concentrado en criar a su hijo.

—Trece —dijo de repente Knox, en voz baja. Frunció el ceño y juntó las cejas.

—Trece ¿qué?

—Han puesto trece objetos en la cápsula, pero el periódico decía que pondrían doce. Me pregunto cuál será el otro objeto.

—¿Estás seguro que eran trece?

—Los he contado.

Claro que los había contado. Kelvin suspiró mentalmente; él ni siquiera había dudado del número de objetos. Knox parecía observarlo y comprobarlo todo dos veces. Si el periódico decía que serían doce objetos, Knox los contaría para ver si era cierto o si, como en este caso, se habían equivocado.

—Me pregunto qué será ese decimotercer objeto —repitió Knox, con el ceño todavía fruncido mientras observaba la cápsula del tiempo. El alcalde la estaba colocando en el agujero que se había cavado el día anterior. De hecho, era una caja metálica cuidadosamente envuelta con plástico impermeable.

Dijo unas palabras, la gente rió y el entrenador de fútbol americano empezó a tirar tierra sobre la caja. Al cabo de un minuto, el agujero estaba lleno de tierra y el entrenador la aplanó con la pala para nivelarla con el suelo. Sobró tierra, claro, pero el hombre no se molestó en amontonarla. El alcalde y uno de los concejales cogieron una pequeña losa de granito en la que se había grabado la fecha del entierro y la misma fecha, pero un siglo después, que era cuando se suponía que tenía que abrirse, y la dejaron caer de golpe encima de la tierra recién removida. Seguramente, habían planeado colocarla más despacio, con la gravedad adecuada para que el fotógrafo inmortalizara el momento, pero evidentemente el peso de la losa los cogió desprevenidos y la dejaron caer al suelo. Cayó un poco hacia un lado. El entrenador se arrodilló en el congelado suelo y se sirvió de ambas manos para colocarla en el sitio correcto.

El fotógrafo del periódico hizo fotos para que el evento pasara a la posteridad.

Temblando, Knox cambiaba el peso de pierna constantemente.

—Voy a preguntar —dijo, de repente, y se alejó de Kelvin para acechar al fotógrafo entre todo el gentío, que ahora empezaba a dispersarse.

Con un suspiro, Kelvin lo siguió. A veces, le parecía que su hijo era más un perro sabueso que un chico, ya que le resultaba imposible olvidarse de algo que tenía en mente.

—¿Qué quieres decir? —escuchó Kelvin que decía el reportero, Max Browning, mientras miraba a Knox con gesto distraído.

—La cápsula del tiempo —le explicó Knox—. El periódico decía que se introducirían doce objetos, pero han sido trece. Quería saber qué era ese otro objeto.

—Han metido doce. Como decía el periódico.

—Los he contado —repitió Knox. No lo dijo enfadado, pero se mantuvo firme.

Max miró a Kelvin.

—Hola —le dijo, y luego se giró hacia Knox y se encogió de hombros—. Lo siento, no puedo ayudarte. No he visto nada extraño.

Knox se giró y concentró toda su atención en la espalda del alcalde, que ya se marchaba. Si Max no podía ayudarlo, iría directamente a la máxima autoridad.

Kelvin agarró a Knox por el cuello de la chaqueta cuando este iba a iniciar la persecución.

—No molestes al alcalde —dijo, en un tono suave—. No es algo trascendental.

—Sólo quiero saberlo.

—Pues entonces, pregúntaselo al entrenador cuando vuelvan a empezar las clases, el lunes que viene.

—Pero ¡aún faltan seis días! —Knox parecía horrorizado por tener que esperar tanto tiempo para descubrir algo que podía saber allí mismo.

—La cápsula del tiempo no se irá a ningún sitio. —Kelvin miró la hora—. El partido está a punto de empezar; vamos a casa. —Ohio State jugaba contra Southern California, y Kelvin animaba a los Buckeyes porque el marido de su hermana pequeña había jugado en el equipo de Southern California hacía diez años y a Kelvin no le caía nada bien ese cabrón, así que siempre iba con quien se enfrentara a los Trojans.

Knox miró a su alrededor y frunció el ceño cuando vio que el alcalde había desaparecido y el entrenador ya estaba en su coche. La señora Proctor, la conserje, estaba hablando con un señor alto que él no conocía, pero no quería acercarse a ella porque parecía seca y falsa, siempre llevaba demasiado maquillaje en la cara, y pensó que seguramente su olor sería igual de falso que su aspecto.

Algo contrariado, siguió a su padre hasta la ferretería.

Jamás llegó a preguntarle al entrenador qué era aquel decimotercer objeto de la cápsula porque, a la mañana siguiente, Howard Easley, el entrenador, apareció colgado de un árbol de su jardín. No se encontró ninguna nota, pero la policía sospechó que se trataba de un suicidio porque se había divorciado hacía un año y, desde entonces, había intentado convencer a su ex mujer para que le diera otra oportunidad. Llevaba allí tantas horas que estaba totalmente conge-

lado, y la nieve se había acumulado encima de su cabeza y sus hombros.

El suicidio del entrenador apartó los pensamientos acerca de la cápsula de la cabeza de Knox. Cuando se enteró del detalle de la nieve acumulada encima de la cabeza del entrenador, fue directamente a la biblioteca para informarse sobre el *rigor mortis* y cuánto tardaba un cuerpo en enfriarse de aquella manera. Había muchas variables, incluyendo si aquella noche había soplado viento que hubiera acelerado el enfriamiento, pero, si había hecho bien los cálculos, el entrenador llevaba allí fuera desde la media noche.

Fascinado, siguió investigando, y primero se quedó boquiabierto por una cosa, luego por otra mientras seguía profundizando en las técnicas de investigación. Pensó que aquello era muy chulo. Le gustaba. Le encantaba solucionar problemas reuniendo pequeñas pruebas. Y entonces decidió que no quería hacerse cargo de la ferretería; lo que quería era ser policía.

Capítulo 1

27 de junio de 2005

—Oye, Knox, ¿quién ha cavado ese agujero junto al mástil de la bandera?

Knox levantó la cabeza del informe que estaba redactando. Como inspector jefe del condado, tenía su propio despacho, aunque era pequeño y estaba lleno de trastos. El ayudante del sheriff, Jason MacFarland, estaba asomado a su puerta con una expresión de ligera curiosidad en su pecoso rostro.

—¿Qué agujero?

—Ya te lo he dicho, hay un agujero junto al mástil de la bandera. Juraría que ayer por la tarde, cuando terminé mi turno, no estaba, pero ahora sí.

—Hummm. —Knox se frotó la mandíbula. Él no había visto nada, pero es que esta madrugada, cuando había llegado a las cuatro y media para poder leerse un montón de documentos de lo más aburridos, había aparcado detrás de los juzgados. No había dormido nada y estaba tan cansado que, seguramente, aunque hubiera pasado justo por encima del dichoso agujero, no lo habría visto.

Como llevaba tres horas sentado a su mesa, decidió que era un buen momento para estirar un poco las piernas. Cogió la taza de café, la llenó cuando pasó junto a la cafetera, y él y MacFarland sa-

lieron por la puerta lateral, rodearon el edificio de los juzgados, de ladrillos rojos, y caminaron por la acera sin hacer ruido, ya que llevaban zapatos con suela de goma. El día había amanecido con un cielo azul sin ninguna nube, y la hierba estaba húmeda de rocío. Unas preciosas y coloreadas flores de primavera crecían en unas cuidadas parcelas, pero Knox era incapaz de reconocerlas. Sólo conocía las rosas y los narcisos. Todas las demás quedaban agrupadas bajo la denominación genérica de «flores».

Los juzgados abrían a las ocho, y el aparcamiento en la parte posterior ya empezaba a estar lleno de coches del personal. El departamento del sheriff tenía un ala separada a la derecha del edificio y la cárcel del estado ocupaba los dos últimos pisos del edificio, de cinco plantas. Los prisioneros solían silbar a las empleadas o a las mujeres que acudían a los juzgados, hasta que el condado instaló unos tablones en la base de las ventanas que, aunque dejaban pasar el aire y la luz, no permitían que los prisioneros vieran el aparcamiento.

El mástil de la bandera estaba en la esquina izquierda de la plaza que había frente a los juzgados; había bancos en el parque frente a la intersección de las dos calles, y también había más parcelas con flores. Hoy no hacía viento, así que la bandera estaba pegada al mástil. Y, junto a la base, había un agujero de casi un metro de diámetro por unos sesenta centímetros de profundidad.

Knox y MacFarland se quedaron en la acera porque desde allí lo veían perfectamente. Alguien había levantado la losa de granito y la había dejado tirada encima del césped. Parecía que la tierra estaba más removida de lo que hubiera sido necesario para cavar un simple agujero.

—Allí estaba la cápsula del tiempo —dijo Knox, y suspiró. Era exactamente la broma típica de los estudiantes de instituto, pero tenía que dedicarle su tiempo igual que a cualquier otro crimen.

—¿Qué cápsula del tiempo? —preguntó MacFarland.

—Enterraron una cápsula hace... veinte años, en 1985. Yo estaba aquí cuando lo hicieron: fue el día de Año Nuevo.

—Y ¿qué había dentro?

—No me acuerdo, pero en aquel momento nada me pareció de un valor importante. No sé, había una copia del periódico, un anuario, música y cosas así. —Se acordó que había una cosa que no había aparecido en la lista del periódico y, mirando en retrospectiva, le seguía intrigando mucho.

—Seguramente habrá sido una panda de críos —dijo MacFarland—. Aunque robar una cápsula del tiempo sería divertido.

—Sí. —Knox observó los alrededores, como de costumbre. No había ninguna huella en el césped, lo que significaba que los vándalos habían actuado hacía varias horas. Se subió a uno de los bancos del parque para tener mejor visión y dijo—: Hummm.

—¿Qué?

—Nada. No hay huellas. —A juzgar por cómo estaba levantada la tierra, debería haber, al menos, una huella parcial en algún sitio. Sin embargo, parecía como si la tierra hubiera salido desde el interior, en lugar de cavarla y sacarla con una pala. El mástil estaba a escasos tres metros del banco, de modo que Knox tenía una visión privilegiada del escenario; era imposible que pasara por alto ninguna huella. Sencillamente, no había ninguna.

MacFarland se colocó a su lado.

—¿No es el colmo? —dijo, después de mirar el suelo durante al menos treinta segundos—. Me pregunto cómo lo habrán conseguido.

—Eso sólo lo sabe Dios. —Aunque él lo descubriría. Como el edificio de los juzgados acogía la cárcel del condado, había una cámara de seguridad en cada esquina, debajo de las cornisas y pintadas del mismo color que la pared para que quedaran camufladas. Quien no supiera que estaban allí no las localizaría.

Todavía tenía que terminar el informe, pero la ausencia de huellas le había picado la curiosidad. Ahora tenía que descubrir cómo se las habían arreglado esos gamberros para cavar un agujero y llevarse la cápsula del tiempo con una farola allí mismo iluminándolos sin que nadie les viera, y sin dejar ninguna huella. Puede que First

Avenue, la calle que pasaba por delante de los juzgados, no fuera una calle muy transitada a altas horas de la madrugada, pero siempre había coches de policía yendo y viniendo. Alguien debería haber visto algo y haber informado de ello.

Miró al otro lado de la calle, a la ferretería donde su padre y él habían vivido durante años; cuando Knox se marchó a la universidad, por fin su padre había ido en serio con alguien y, hacía diez años, se había vuelto a casar. A Knox le gustaba Lynnette y se alegraba mucho de que su padre no estuviera solo. Ella no quiso vivir encima de la tienda, así que se compraron una casa en las afueras. Knox estaba convencido de que si Kelvin hubiera vivido allí, nadie habría podido hacer nada sin que él lo viera, puesto que su habitación daba a la plaza.

—Acordona la zona, así evitaremos que alguien tropiece y se caiga dentro.

MacFarland podría haberle dicho que sólo era un agujero y que una cápsula del tiempo desaparecida tampoco tenía mucho valor, desde luego no el suficiente para justificar una investigación, pero se limitó a asentir. Decirle a Knox cuándo se estaba pasando de la raya era responsabilidad del sheriff, no suya; además, Knox suponía un gran entretenimiento para los ayudantes del sheriff, que a veces incluso apostaban dinero acerca de lo lejos que llegaría para resolver un caso.

Volvieron sobre sus pasos hasta el departamento del sheriff, donde se separaron: MacFarland se dispuso a seguir las instrucciones de Knox y este se dirigió hacia la cárcel, desde donde se vigilaban las cámaras de seguridad.

Bueno, «vigilar» era un término suave para describir el control que Tarana Wilson, una mujer de más de metro ochenta y mirada feroz, ejercía sobre su territorio. Tenía los rasgos de la cara muy marcados, la piel como el bronce oscuro y era cinturón marrón en artes marciales. Knox estaba convencido de que, si quería, podía darle una paliza casi sin despeinarse.

Y como un hombre inteligente jamás se dirigía a una reina sin

llevarle regalos, Knox cogió una rosquilla rellena de crema de la cocina y sirvió dos cafés, uno para él y otro, en vaso de papel, para ella. Con los obsequios en la mano, subió la escalera.

Tuvo que detenerse e identificarse, y luego accedió a las oficinas del carcelero.

Las celdas estaban en el piso de arriba, y el acceso a esa zona estaba altamente controlado. En los últimos quince años, no había habido ni una fuga. Aunque en el condado de Peke no es que tuvieran a muchos presos peligrosos, puesto que a esos los encerraban en las penitenciarías estatales.

La puerta del despacho de Tarana estaba abierta y la mujer se estaba paseando delante de una hilera de diez monitores en blanco y negro. Casi nunca se sentaba; parecía estar constantemente en movimiento, como si su cuerpo esbelto y musculoso tuviera demasiada energía para quedarse quieta.

—Hola, T —dijo Knox al entrar, ofreciéndole el vaso de café.

Ella miró el vaso con suspicacia, y luego volvió a girarse hacia los monitores.

—¿Qué es eso?

—Café.

—Y ¿por qué me traes café?

—Para estar en tu bando. Me das miedo.

Aquello hizo que la mirada oscura e incisiva de la mujer se dirigiera hacia él.

—Mentiroso.

—Muy bien, lo que pasa es que estoy loco por ti y esta es mi manera de camelarte.

Tarana dibujó una sonrisa. Cogió el vaso y bebió un sorbo de café sin apartar la vista de los monitores.

—Puede que te funcionara si mis hermanas y yo no hubiéramos hecho el juramento de mantenernos alejadas de los chicos blancos.

Él sonrió y le ofreció la rosquilla.

—Esto también es para ti.

—Ahora empiezo a temerme que eso de camelarme vaya en serio, pero tengo que decirte algo: vas a necesitar algo más que una rosquilla.

—Está rellena de crema.

—Ah, entonces quizá tenga que replantearme mi posición. —Cogió la rosquilla y le dio un buen bocado, haciendo que la crema saliera por ambos lados del bollo. Tarana la lamió antes de que cayera al suelo, y todo sin dejar de mirar los monitores.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti?

—¿Ves el mástil de la bandera? —preguntó él, señalando el monitor que lo enfocaba.

—Sí, ¿qué le pasa?

—Hay un agujero justo enfrente, donde estaba enterrada la cápsula del tiempo.

—¿Estaba?

—Alguien la ha desenterrado esta noche.

—Hijo de puta. ¿Alguien ha robado nuestra cápsula del tiempo? No sabía que teníamos una, pero eso no importa.

—Necesito ver la cinta de anoche.

—Enseguida. Robar la cápsula del tiempo de una ciudad es algo muy feo.

Al cabo de pocos segundos, Knox estaba sentado delante de un monitor, rebobinando la cinta y viéndolo todo marcha atrás. Se vio a él mismo y a MacFarland, después siguió retrocediendo en el tiempo y el amanecer desapareció. Apenas había habido tráfico por la noche, como sospechaba. En cambio, lo que no sospechaba era no ver a nadie acercarse al mástil de la bandera y pasarse allí unos minutos excavando un agujero. No se acercó nadie. Cuando detuvo la cinta, con el ceño fruncido, había rebobinado hasta el atardecer.

—¿Has encontrado al desgraciado que lo ha hecho? —preguntó Tarana sin mirarlo, porque seguía controlando visualmente todos los monitores.

—No. —Knox se acercó a la imagen fija y vio que, a las 20:30,

la losa de granito estaba en su sitio y el suelo estaba intacto. El césped estaba perfectamente recortado alrededor del mástil.

—¿Cómo que no?

—Como que no veo a nadie.

—No me digas que alguien cavó un agujero hace una semana y tus chicos no lo han visto hasta hoy.

—Según tu cinta, la cápsula seguía allí ayer por la tarde.

Ella se giró y miró la imagen fija del monitor.

—Si ayer estaba allí, el que lo hizo tiene que estar en esa cinta.

—No he visto a nadie —repitió él, con paciencia, y pasó la cinta deprisa para poder enseñárselo. Cuando la detuvo, se veía el agujero junto al mástil y la losa arrancada. Un gesto de ferocidad hizo que las cejas de Tarana se juntaran.

—Vuélvela a pasar —dijo, colocándose junto a él.

Él obedeció, rebobinó la cinta otra vez y, esta vez, fue parando cuando observó las primeras señales de vandalismo. A las 2:30, el agujero ya estaba en el suelo. Cuando volvió a rebobinar vio que, a la 1:53, el suelo estaba intacto.

—Pásalo a tiempo real —dijo ella, que cogió una silla para sentarse. Lanzó una mirada rápida a los monitores y luego se centró en el que tenía delante.

Knox le dio al *play* y el contador empezó a correr segundo a segundo. Siete minutos después, dijo:

—Mierda, ¿qué ha sido eso?

Un breve destello blanco había bloqueado cualquier otra imagen. Luego desapareció y la cápsula ya no estaba.

Detuvo la cinta, rebobinó y, casi inmediatamente, volvió a apretar el *play*. Había rebobinado tres minutos. Vio lo mismo. El suelo estaba intacto, después se veía el destello blanco y, cuando desaparecía, la cápsula ya no estaba.

—Alguien ha trucado mi cámara —dijo Tarana, con voz de ultratumba.

—No lo creo. —Con el ceño fruncido, Knox rebobinó hasta los momentos cruciales—. Fíjate en el reloj.

Juntos observaron cómo pasaban los segundos. A las 2:00 aparecía el destello. A las 2:01 desaparecía y la cápsula ya no estaba.

—Es imposible —dijo Tarana al tiempo que se levantaba y daba una patada a la silla. Se giró y miró todos los monitores—. Si alguien ha trucado esa cámara, puede hacerlo con todas, y eso no va a pasar.

En silencio, Knox volvió a mirar la escena. Mientras la había pasado hacia delante y hacia atrás, no había visto el destello. Sin embargo, ahí estaba y, cuando desaparecía, la losa aparecía arrancada y el agujero estaba allí.

Rebobinó la cinta hasta el principio. Había empezado a grabar justo veinticuatro horas antes de que él entrara por esa puerta y Tarana detuviera la grabación. No sabía si alguien podía manipular la cámara sin modificar el reloj digital de la grabación, o si era posible hacerlo sin entrar en la sala de los monitores, lo que descartaría a una banda de adolescentes gamberros.

Se frotó la mandíbula. Supuso que podría sentarse con un cronómetro en la mano y comparar los tiempos con los de la cinta, pero tardaría doce horas y se aburriría como una ostra. Había una manera más fácil de llegar al fondo de todo aquello.

Tarana iba de un lado a otro, sacando fuego por las muelas y maldiciendo en voz baja. Knox sintió lástima por la siguiente persona que entrara en su despacho porque, en ausencia de un objetivo concreto, volcaría su ira con el primero que se cruzara en su camino.

—Voy a la ferretería —dijo Knox, echando la silla hacia atrás mientras cogía el vaso de café.

—¿A la ferretería? ¿A qué? No puedes entrar y enseñarme que alguien ha estado jugando con mis cámaras y largarte a comprar cuatro tornillos. ¡Siéntate!

—Mi padre también tiene cámaras de seguridad —dijo él—. Y hay una que está enfocada directamente hacia la puerta.

—¿Y? —respondió ella, aunque luego comprendió lo que Knox quería decir—. Ah, ya veo. Puerta de cristal, gran escaparate, justo al otro lado de la plaza.

Knox le guiñó un ojo mientras salía por la puerta.

Cuando cruzó la calle, se fijó que ya había mucho más tráfico; la gente llegaba a los juzgados a ocuparse de asuntos como matricular el coche, recoger el permiso de conducir, registrar un barco. Ya había algunas tiendas abiertas, entre ellas la ferretería; las demás abrían a las nueve. MacFarland había acordonado un gran perímetro en el escenario del crimen, de unos veinte metros de diámetro alrededor del mástil de la bandera, con lo que bloqueaba la acera y obligaba a la gente a tener que bajar al asfalto.

La campana de la puerta sonó cuando Knox entró y Kelvin levantó la mirada mientras atendía a un cliente.

—Enseguida estoy contigo, hijo —dijo.

—Tranquilo. —Knox levantó la mirada, localizó la cámara de seguridad y siguió con la vista dónde enfocaba. Tal y como se había imaginado, el mástil de la bandera estaba casi enfrente de la puerta de la tienda. Puede que los vándalos hubieran podido manipular la cámara de seguridad de los juzgados, aunque no entendía cómo lo habían hecho, pero esta cámara estaba dentro de la tienda y nadie la había tocado.

El cliente se marchó y Knox se acercó al mostrador.

—Necesito ver la grabación de la cámara de seguridad —le dijo a Kelvin. Señaló con la cabeza hacia la ventana—. Alguien se llevó la cápsula del tiempo anoche y, no sé cómo, consiguió manipular la cámara de los juzgados. Pensé que tu cámara lo habría grabado.

Kelvin miró la cámara e, igual que su hijo, miró hacia donde enfocaba.

—Supongo que sí. Me había preguntado a qué vendría la cinta policial amarilla. Es la cápsula del tiempo que vimos cómo enterraban, ¿verdad?

—La misma. A menos que alguien se la haya llevado y haya enterrado otra en su lugar.

—1985. Southern Cal ganó la Rose Bowl y tuve que soportar las fanfarronerías del capullo de Aaron todo un año.

Cuando Kelvin hablaba de su cuñado, siempre decía «el capullo de Aaron» porque le gustaba cómo sonaba, aunque no le caía nada bien. Metió la mano debajo del mostrador, sacó la cinta y se la dio a su hijo.

—Toma.

—No sé cuándo te la devolveré.

—No te preocupes. Tengo más.

Con la cinta en la mano, Knox volvió a su despacho. Tenía un pequeño combo TV/VCR, lo encendió e introdujo la cinta. Con el mando a distancia en la mano, rebobinó hasta que se acercó a la hora del robo y luego, parando y poniendo en marcha, llegó hasta la 1:59 a.m. La definición no era demasiado buena y el cristal distorsionaba un poco la imagen, pero Knox veía claramente la losa de granito a la derecha de la pantalla, en su sitio. Presionó *play* y observó. Siempre había alguna variación en los relojes, así que no sabía cuánto tiempo tendría que esperar para que empezara la acción.

A las 2:03:17 vio un destello blanco. Knox se incorporó en la silla y se quedó mirando la pantalla. A las 2:03:18, el destello desapareció. Ahora, la losa de granito estaba a un lado y había un agujero en el suelo.

—Hijo de puta —dijo en voz baja—. ¿Qué coño está pasando aquí?